JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE

INTRODUCCIÓN A *MORSAMOR*

I

«¿Quién no le conoce? ¿Qué dama aristocrática no ha leído sus chispeantes escritos, escuchado con deleite su conversación variada y amenísima y estrechado en suntuoso salón su enguantada mano? ¿Qué literato no ha saboreado sus críticas, tan eruditas como ingeniosas, y sus discretas novelas? ¿Quién no ha admirado la enorme cantidad de ático ingenio, gracejo andaluz y erudición copiosa, almacenada en aquella cabeza que se yergue altiva en lo alto del cuerpo más rígido que puede concebirse y sobre el más inflexible cuello de camisa que jamás almidonó planchadora alguna? Él es, sí. Ese altivo caballero de aristocrático talante, de labio a la par benévolo y desdeñoso, de grave e impasible fisonomía, de alzados hombros, entre los cuales aparece encajada una cabeza que jamás se dobla, es Don Juan Valera, el más donoso y erudito de nuestros críticos, y uno de nuestros novelistas más amenos. Si reparáis en su aspecto, os parecerá el más altivo de los aristócratas o el más estirado de los académicos. Tratadle de cerca, y hallaréis en él el más amable y simpático de los hombres y uno de los escritores que con más gallardía y desenfado manejan hoy la prosa castellana»[1].

Así escribía el fino crítico y ocasional krausista Manuel de la Revilla[2]. Y llevaba razón en todo. Aristócrata y académico, crí-

[1] Este retrato se puede completar con algunos datos personales proporcionados por el propio Valera, *vide infra,* por ejemplo, págs. 14 y 15.

[2] «Don Juan Valera», en *Obras* (Madrid, 1883), pág. 47. Por cierto que Valera afinó bastante la puntería al escribir de Revilla, después de su muerte

tico y novelista, ático y andaluz, todo esto, y mucho más, lo fue en vida Don Juan Valera y Alcalá Galiano.

Había nacido en Cabra (1824), en las cordobesas tierras del Gran Capitán, personaje y comarca que en su vejez él recrearía en un cuento de claras resonancias autobiográficas[3]. Esto no quiere decir que la recreación poética y la idealización de su patria chica no constituyesen un factor de capital importancia en su vida y en su obra. Cordobés integral, Don Juan Valera paseó su andalucismo universal por Europa y América. Y en los momentos de crisis personal, siempre acudió primero a su mente el recuerdo del seguro y sosiego de su patria chica[4]. Bien es cierto que en ocasiones el Valera crítico y observador no podía por menos que rabiar ante las lacras y miserias de su tierra natal, pero allí estaba el Valera poeta para liberar imaginativamente a ese envilecido terruño. Así, por ejemplo, escribe a su mujer desde Cabra: «Éste es un país pobre, ruin, infecto, desgraciado, donde reina la pillería y la mala fe más insigne. Yo tengo bastante de poeta, aunque no te lo parezca, y me finjo otra Andalucía muy poética, cuando estoy lejos de aquí» (15.X.1875, *Correspondencia,* pág. 55).

Su padre era Don José Valera y Viaña, maestrante de Ronda y distinguido marino, a quien la reacción absolutista había forza-

---

(1881): «Crítico casi siempre imparcial, aunque severo y sobrado descontentadizo en ocasiones; hombre de vasta lectura y de muy variados conocimientos; inseguro en sus creencias y vacilante en sus afirmaciones y sediento de la verdad», *La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX, OC,* II, pág. 1247a. Unían a Revilla y a Valera, sin embargo, lo que Goethe llamaría afinidades electivas, por ejemplo, el desprecio que sentían ambos por el afrancesamiento literario; *vid.* Juan López Morillas, *El krausismo español* (México, 1956), págs. 108-109.

[3] *El cautivo de Doña Mencía* (1897), *OC,* I, págs. 1169-1179. Acerca del autobiografismo del cuento, *vid.* Bravo, págs. 48-50.

[4] Los textos abundan, escojo tres cartas alejadas en el tiempo, la primera, juvenil, a su padre, de Madrid, 22.IV.1850: «Veces hay, y son las más, que entiendo sería lo mejor irme a Doña Mencía a hacer el Cincinato» *(OC,* III, pág. 35a); la segunda, de madurez, a su mujer, Madrid, 22.VII.1883: «Me quiero ir a Cabra porque no me quieres» (Bravo, pág. 237); la tercera, de su ancianidad, a Juan Moreno Güete, alcalde de Doña Mencía, en que expresa, además, el dolor de su invalidez, Madrid, 13.III.1900: «Bien quisiera yo ir a Doña Mencía y a Cabra también... pero la cuestión está en lo muy averiado e incapaz que yo me siento y en el terror que moverme me causa» *(Correspondencia,* pág. 264). Estas citas se pueden ampliar con lo que dicen Fishtine, págs. 1-2; J. A. Muñoz-Rojas, «Notas sobre la Andalucía de Don Juan Valera», en *Papeles de Son Armadans,* III (1956), págs. 9-22, y Cyrus C. DeCoster, «Valera and Andalusia», en *Hispanic Review,* XXIX (1961), págs. 200-216.

do a «hacer el Cincinato», como diría el hijo, en tierras de su mujer. Ésta era Doña Dolores Alcalá Galiano, Marquesa de la Paniega. Si el título no lo heredó Don Juan fue porque su madre había tenido de su primer matrimonio con el brigadier suizo Don José Freuller un hijo asimismo llamado José. Este medio hermano del escritor le ayudó en lo posible en sus frustradas ambiciones políticas, de primera juventud, de salir diputado por Málaga. La prole del matrimonio Valera-Alcalá Galiano se completó con dos hijas: Ramona, Marquesa de Caicedo, y Sofía, Duquesa de Malakof, la favorita de Don Juan[5]. La familia fue muy unida, de lo que abundan las pruebas, y en particular lo demostró mucho más tarde Don Juan Valera, ya embajador en Washington, al aguantar a diario las murrias, berridos y tabarras de su megalómano sobrino Juanito Mesía de la Cerda, hijo de Ramona, a quien había llevado como agregado[6].

La oposición materna impidió que Valera se dedicase a las armas, y en consecuencia se tuvo que dedicar a las letras, o para ser más concreto, fue a la Universidad de Granada a estudiar la carrera de Leyes. Pero, muy *more hispanico,* el estudio de Leyes no hizo más que justificar una incipiente vocación literaria, apuntalada en el trato y elogios de Antonio Ros de Olano y Miguel de los Santos Álvarez, y consagrada por el conocimiento de José de Espronceda. A esto siguió el inevitable tributo juvenil a las Musas; *Ensayos poéticos* (Granada, 1844), obra de la cual se vendieron tres ejemplares, y que el literato en ciernes retiró personalmente de la circulación[7].

De la conjunción de leyes y letras a la práctica de la diplomacia no ha habido nunca un gran paso, y éste lo dio Valera en 1847, al aceptar el nombramiento de agregado sin sueldo en la embajada de Nápoles. Pero antes de esto, había paseado su gallarda planta por los salones más distinguidos de Madrid, en particular el de la Condesa del Montijo, madre de Eugenia,

---

[5] «La persona que más y mejor me ha querido en este mundo», escribe en carta de Madrid, 15.XII.1890, a poco de fallecer su hermana Sofía, *vid.* Francisco López Estrada, «Epistolario de Don Juan Valera a Don Servando Arbolí (1877-1897), en *Studia Philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso,* II (Madrid, 1961), pág. 395.

[6] Juanito es personaje central del epistolario «washingtoniano» de Valera, blanco de mil cuchufletas de mejor o peor intención por parte del tío, *vid.* Bravo, pág. 250.

[7] «Noticia autobiográfica de Don Juan Valera», en *Boletín de la Real Academia Española,* I (1914), pág. 132.

futura Emperatriz de los Franceses, de quien dijo Valera, en la primera en fecha de las cartas publicadas (a su madre, Madrid, I. 1847): «Es una diabólica muchacha, que, con una coquetería infantil, chilla, alborota y hace todas las travesuras de un chiquillo de seis años, siendo al mismo tiempo la más *fashionable* señorita de esta villa y corte y tan poca corta de genio, y tan mandoncita, tan aficionada a los ejercicios gimnásticos y al incienso de los caballeros buenos mozos, y, finalmente, tan adorablemente mal educada, que casi, casi se puede asegurar que su futuro esposo será mártir de esta criatura celestial, nobiliaria, y sobre todo riquísima» *(OC,* III, pág. 11b). Ya que no poeta, Valera sí fue vate, al menos en esta ocasión.

El propio Duque de Rivas, embajador en Nápoles, había terciado para que se nombrase a Valera, nombramiento que éste cuenta a su amigo Juan Navarro Sierra con el más alegre desenfado: «Ahorqué la toga, quemé la golilla, y, aprovechándome de una buena coyuntura, me metí de patitas en la diplomacia, donde con bailar bien la polca y comer pastel de *foie-gras,* está todo hecho» (Madrid, 22.I.1847; *OC,* III, pág. 15b). Mal podía sospechar Don Juan Valera, al definir maliciosamente a la carrera diplomática como todo polcas y *foie-gras,* que se refería a la carrera que ocuparía de manera oficial la mayor parte de su vida. Y esa carrera le llevaría después de Nápoles, a Lisboa (1850), Río de Janeiro (1851), Dresde (1854), San Petersburgo (1856), Francfort (1865), otra vez Lisboa, ahora como ministro (1881), Washington (1883), Bruselas (1886), y Viena (1893), embajada a la que dimite en 1895, casi ciego y achacoso. A pesar de esta dedicación de toda una vida, y a pesar de la frivolidad del tono de su definición juvenil de la carrera, la actitud de Valera hacia la diplomacia no cambia a través de los años, y la ve siempre como un *pis aller,* del que dirá en sus años de madurez, y ya hablando con toda seriedad: «La vida diplomática entontece y esteriliza»[8].

La temporada napolitana de Valera, en plena etapa formativa, es de capital importancia debido a lo que ve, a lo que hace y a los que trata[9]. Ve allí grandiosas muestras de la civilización greco-latina, que remueven hasta los posos de su cultura huma-

---

[8] Carta a Don Servando Arbolí, Lisboa, 31.I.1882, *apud.* López Estrada, «Epistolario...», pág. 395.

[9] A esta etapa formativa dedicó un cumplido estudio Manuel Azaña, *Valera en Italia* (Madrid, 1929), ahora recogido en *Obras completas,* ed. Juan Marichal, I (México, 1966), págs. 947-1011.

nística, y se entrega entonces de lleno al estudio del griego. Pero no es sólo el humanismo el que lo aboca a esta empresa, en la que tanto éxito obtendrá más tarde[10]. Hay, también, un motivo personal, humano y pasional en todo esto: Valera se ha enamorado de Lucía Palladi, Marquesa de Bedmar, «la dama Griega», de algunas epístolas, quien lo incita al estudio de este idioma. «La Muerta», la llamaba el Duque de Rivas por su palidez enfermiza, pero ella vivirá en el recuerdo e imaginación de Valera, y medio siglo más tarde informará su cuento acerca de *El cautivo de Doña Mencía,* como queda dicho.

Otras gentes trató allí Valera de no menor valor formativo en su educación humana e intelectual. De su propio jefe, el Duque de Rivas, aprendió muchas cosas que no se enseñan en los libros, ya que el Duque era un refinado *galantuomo* en la flor de la madurez[11]. De Don Serafín Estébanez Calderón, *El Solitario,* que había arribado a las costas italianas en calidad de auditor de un ejército, caricatura de los antiguos tercios —al punto de ser capitaneado por un Fernández de Córdoba—, de Estébanez Calderón, Valera aprendió muchas cosas que sí enseñan los libros, al menos los clásicos, como estilo castizo, vocabulario copioso y bibliofilia. Es probable que la influencia del Solitario llevase a Valera a las filas de la unión ibérica, en las que militó denodadamente, y que como es tema no ajeno a la concepción de *Morsamor* impone más reposada mención, más adelante[12]. Y, asimismo, el ejemplo del Solitario empujó a Valera al borde del costumbrismo, aunque no llegó a caer en él; para los aficionados al costumbrismo, Valera fue, en este sentido, un discípulo mal aprovechado, «un costumbrista malogrado por la sabiduría humanística y por la cultura multiforme de su vida trashumante»[13].

---

[10] Recordemos, sin más, su traducción de las *Pastorales* de Longo, o sea *Dafnis y Cloe* (1879).

[11] Para ilustrar este extremo ver la semblanza que *ex abundantia cordis,* pero con estricta justicia trazó Valera de «Ángel de Saavedra, Duque de Rivas» (1889), *OC,* II, págs. 729-767, donde recuerda aquellos versos: «Y logré que dijeran muchas bellas / *quanto é simpaticone questo Duca*», *vid.* además, Fishtine, págs. 71-73. Debo agregar ahora que algunas de las ideas del libro de Fishtine hay que remozarlas a la vista del de Manuel Bermejo Marcos, *Don Juan Valera, crítico literario,* Madrid, 1968.

[12] Para adelantar camino el lector puede consultar a Manuel Azaña, *Valera en Italia, Obras Completas,* I, págs. 984-985 y 989-990.

[13] Evaristo Correa Calderón, *Costumbristas españoles,* I (Madrid, 1950), pág. XXXIX. Para Manuel Azaña, *Valera en Italia, Obras completas,* I, págs. 984, la influencia del costumbrismo *popular* de Estébanez Calderón se nota

De regreso en Madrid, en noviembre de 1849, sus planes se multiplican y atropellan. Sus cartas de la época nos ilustran al respecto. En primer lugar, y como una suerte de requisito de imposición propia, para poder hablar de política se ha creado un sistema filosófico «muy parecido al de Kant» (carta a su padre, Madrid, 3.V.1850; *OC,* III, pág. 36a)[14]. Al mismo tiempo, lo que Valera llamaba la «sindineritis crónica» de su familia le acosa y da cornadas: «Por eso me quiero meter a autor dramático. Es el medio más corto de tener cien duros al mes» (carta a su padre, Madrid, 8.II.1850; *OC,* III, pág. 30b). Bien sabido es que por este camino Valera no llegó a ninguna parte, y que sus *Tentativas dramáticas* (1879) no pasaron de eso, de ser conatos de teatro[15]. De momento, sin embargo, y para irse dando a conocer, escribirá de literatura, arrumbará el verso y se dedicará al cultivo de la prosa, porque para escribirla «basta con saberlo hacer y tener qué decir», dirá con bastante sorna (carta citada del 3.V.1850). Pero como Valera vive en continuo autoanálisis (sino inevitable de todo epistológrafo) desconfía de su éxito porque «me falta constancia» *(idem),* o, como explicará a su madre muy poco después, sus más grandes obstáculos son «mi desidia, desaliento, falta de habilidad y de costumbres» (carta de Lisboa, 3.II.1851; *OC,* III, pág. 46b). Esta desconfianza y lamentaciones le acompañarán toda su vida[16]. Pero toda su vida, también, la literatura

---

en el hecho de que Valera, «el escritor más urbano de su tiempo, no sintió la tentación de escribir la novela burguesa de Madrid». Creo yo que en esto último también hay que tener en cuenta el esteticismo de Valera como factor de capital importancia. De todas maneras, Don Juan pagó hidalgamente su deuda al Solitario, y en más de una ocasión, así, por ejemplo, en el estudio de las *Escenas andaluzas* de 1856, *OC,* II, págs. 46-51, y muy en particular en el prólogo a sus *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días* (Madrid, 1864), que por cierto no se ha recogido en *OC.* En privado, sin embargo, Valera reconoció que en los últimos años de Estébanez Calderón se habían enfriado sus relaciones, *vid.* «Noticia autobiográfica...», en *Boletín de la Real Academia Española,* I, pág. 133.

[14] Más adelante, ya pasada la euforia juvenil, confesará a su sobrino Salvador Valera Freuller: «Amo la filosofía, pero ni sigo sistema alguno, ni le tengo propio», carta de Madrid, 27.IV.1864, *Correspondencia,* pág. 28.

[15] En la vejez le reverdeció a Valera el entusiasmo dramático, quizás acosado por la sempiterna *sindineritis,* y escribió una carta casi patética a Don Fernando Díaz de Mendoza para que leyese su drama juvenil *La venganza de Atahualpa,* y lo estrenase si le gustaba, *Correspondencia,* págs. 257-258, la carta, que no lleva fecha, es de hacia 1898.

[16] Su *Epistolario* con Menéndez Pelayo abunda en ejemplos. Escojo estos dos, tomados de las primeras cartas dirigidas al joven sabio santanderino: «Las nueve décimas partes de mis proyectos literarios me los llevaré conmigo al otro

será su compañera, consuelo y defensa: «Yo necesito dinero y tengo el propósito de ganarle escribiendo», comunicará a Don Servando Arbolí (carta de Madrid, 11.VII.1877)[17].

En 1850 el escritor en ciernes empieza a perfilar sus planes: «Yo leo mucho y ya empiezo a ocuparme de literatura y de historia de Portugal» (carta a su madre, Lisboa, 7.X.1850; *OC,* III, pág. 42b). En concreto, este joven semidiplomático y casi escritor acaricia un proyecto ambiciosísimo: «Escribir la historia de los reyes de la Casa de Austria» (carta a su madre, Lisboa, 3.II.1851; *OC,* III, pág. 46b; hay que leer allí el resto del grandioso plan de la obra). Conviene advertir desde ya al lector que muchos de estos proyectos juveniles convergirán, casi medio siglo más tarde, en la redacción de *Morsamor,* muy en particular los que se refieren a historia y literatura portuguesa e historia de la Casa de Austria.

Esta semblanza del Valera juvenil en vísperas de su estreno literario quedaría incompleta, y de muy mala manera, si no se añadiesen dos toques más. Ambos, asimismo, los provee la pluma del propio Valera en sus cartas de la época: «Esta afición mía a las faldas es terrible... soy aficionadísimo a la gente de alto copete» (carta a su padre, Madrid, 3.V.1850; *OC,* III, pág. 37a). Las faldas y los salones aristocráticos, Scila y Caribdis por los que navegó toda su vida Don Juan Valera. ¡Genio y figura...![18]

Con toda intención he basado el texto de esta suerte de etopeya de Don Juan Valera en sus cartas, porque fueron éstas, precisamente, las que le dieron su primera fama, y en ellas se

---

mundo» (carta de Madrid, 4.I.1878; *Epistolario,* pág. 19); «En suma, me hallo en un período de esterilidad y decadencia. ¿Si será ya efecto de los años?» (carta de Madrid, 12.I.1878; *ibidem,* pág. 20).

[17] *Apud* López Estrada, «Epistolario...», pág. 393. Pero hay que notar que en Valera la euforia y el desengaño laten con la regularidad de su pulso. Un año después escribe a Menéndez Pelayo: «Ya me hallo viejo, algo achacoso, pobre y sin esperanzas, y con la ilusión de ganar algo escribiendo casi perdida» (carta de Madrid, 24.VIII.1878; *Epistolario,* pág. 38).

[18] Desde Viena, y ya al borde de los setenta años, confiesa a Menéndez Pelayo: «Yo estoy perdidamente enamorado —de una manera lícita, estética y platónica, como mis años y mi estado requieren— de una actriz de dicho teatro [el Hofburgtheater] llamada Estela Hohenfels» (carta de 31.VII.1893; *Epistolario,* pág. 460). Un año después se franqueaba con su gran amigo Manuel Tamayo y Baus, y le decía: «Como yo hago la vida de los Padres del yermo estos *ballets* son para mí las tentaciones de San Antonio» (carta de Viena, 21.VII.1894; *apud* Ramón Esquer Torres, «Para un epistolario Valera-Tamayo y Baus», en *Boletín de la Real Academia Española,* XXXIX [1959], pág. 150).

volcó íntegro, sin cortapisas, a lo largo de toda su vida al punto que la publicación de ciertos epistolarios ha amedrentado al parigual a los poseedores de las cartas y a sus posibles editores. Lástima grande es, por cierto, y considerable laguna en la historia literaria del siglo XIX español. Quizás (¡ojalá!) no esté muy lejano el día en que se pueda publicar íntegro su epistolario. Mientras tanto, conviene recordar ahora lo que el propio Valera dijo de sus cartas: «De esta correspondencia [con Serafín Estébanez Calderón, iniciada en Lisboa 1850-1851] nació que yo empezase a escribir en prosa con cierto cuidado... y que se me diera algún nombre de buen prosista, sólo por mis largas y variadas cartas a Calderón, que Calderón enseñaba a algunos»[19].

Como no es mi intención hacer de este prólogo un estudio biográfico de Don Juan Valera, pasaré por alto las vicisitudes de su larga vida, casi toda ella, como queda dicho, dedicada al servicio diplomático. Pero utilizaré sus cartas una vez más para ilustrar ciertos extremos de su personalidad e ideología, que conviene tener en cuenta antes de seguir adelante[20]. Enfilemos, en primer lugar, ciertas opiniones privadas de Don Juan acerca de su patria. El hecho de que algunos sean textos juveniles no importa a la cuestión, pues es bien sabido que Valera guardó siempre una extraordinaria consecuencia con sus ideas y principios[21]. Los textos son de subido interés, no sólo por revelar la opinión que Valera tenía de su patria y sus compatriotas, sino también por lo que revelan de él, en cuanto crítico y juez de España y de los españoles: «Este país es un presidio rebelado. Hay poca instrucción, menos moralidad, pero no falta ingenio natural y sobra desvergüenza y audacia» (carta a su madre, Madrid, 22.I.1850; *OC,* III, pág. 28 b). De los intelectuales dirá que «los que son eruditos están muy mal educados, son sucios y pedantes, y los que son limpios y cortesanos, tan mentecatos que no hay medio de poderlos aguantar» (carta a su padre, Madrid,

---

[19] «Noticia autobiográfica...», pág. 133. Acerca del valor de este epistolario inédito Valera-Estébanez Calderón, que poseía Don Francisco de Orueta y Estébanez Calderón, *vid.* Alberto Jiménez, *Juan Valera y la generación de 1868* (Oxford, 1956), págs. 80 y 88.

[20] Como primer asedio a las cartas de Valera, *vid.* Francisco Rodríguez Marín, *Don Juan Valera, epistológrafo,* Madrid, 1925.

[21] Sobre esto *vid.* Fishtine, págs. 13-15, aunque no creo yo, como cree esta autora, que la fidelidad a las propias ideas y principios sea síntoma de falta de profundidad; más bien me parece que es precisamente lo contrario.

22.IV.1850; *OC,* III, pág. 34 b)[22]. Y para no alargar más esta sección, como sería muy fácil de hacer, transcribo este texto, tan revelador de Valera como de la opinión que él tenía de sus compatriotas: «A pesar de que mi organización es muy española, esto es biliosa y melancólica, he llegado a alemanizar mi espíritu y a transformarme en un optimista completo» (carta a Don Leopoldo Augusto de Cueto, San Petersburgo, 2.II.1857; *OC,* III, pág. 121 b)[23].

Mucho se ha echado en cara a Valera una cierta indiferencia ante la escala de valores, que a la postre le llevaba a considerar todo como equivalente. La frase del inefable pedantón moratiniano de Don Hermógenes, «todo es relativo», que Valera gustaba de usar con jocosa prodigalidad en su obra *(vide infra,* nota 130 a *Morsamor),* se podría considerar entonces, como lema de su vida. Así lo entendió Ortega y Gasset, quien por cierto le trató con injusta dureza: «Valera propendía a nivelar todas las cosas... De esta manera todo viene a ser equivalente, y donde todo vale lo mismo, nada tiene valor»[24]. En una carta juvenil, Valera parece dar la razón a sus críticos; escribe a su amigo Heriberto García de Quevedo: «Yo me siento incapaz de ser dogmático en mis opiniones filosóficas; ando siempre saltando del pro al contra, y dudando y especulando, sin atreverme a seguir doctrina alguna» (Río de Janeiro, 10.V.1853; *OC,* III, pág. 59 b).

Esta confesión del joven Valera es muy importante y elocuen-

---

[22] Sobre la pulcritud y acicalamiento de Valera, *vid.* el discurso del Conde de las Navas, «Centenario de Valera», en *Boletín de la Real Academia Española,* XI (1924), pág. 492. En cuanto al extremo opuesto, la suciedad de que acusa Valera a los intelectuales españoles, escribirá cuarenta y cinco años más tarde: «Menéndez [Pelayo], como no se lava nunca, huele bastante mal, a pesar de los fríos del invierno... Es lástima que Menéndez, el más sabio de los españoles y uno de los más eruditos y discretos escritores que viven en el día sobre la faz de nuestro planeta, esté tan asqueroso y tan poco de recibo» (carta a Don José Alcalá Galiano, Madrid, 5.XI.1895; *Correspondencia,* págs. 228-229).

[23] Otras opiniones sobre España y los españoles recoge Montesinos, págs. 210-211.

[24] «Una polémica» (1910), *Obras completas,* I (Madrid, 1957), pág. 161; insistió Ortega en *Meditaciones del Quijote* (1914), *ibidem,* pág. 339: «Aquellos hombres [Valera y Menéndez Pelayo] aplaudían la mediocridad porque no tuvieron la experiencia de lo profundo.» Más justiciero con Valera fue Azorín, quien cantó la palinodia en *El paisaje de España visto por los españoles* (1917), capítulo VIII, *Obras completas,* III (Madrid, 1947), págs. 1172-1181, donde reniega de su juicio anterior y negativo de Valera, y reconoce sus grandes capacidades críticas.

te, porque hay que reconocer que toda su vida fue sistemático en no tener sistema alguno[25]. Por aquí creo yo que se explica algo de la ojeriza de Ortega y Gasset, y se empieza a comprender, también, la versatilidad crítica de Don Juan Valera. Al no hacerse abanderado de ningún sistema o credo, Valera se enfrenta con la obra de arte sin presuposiciones ni prejuicios, con sólo la alternancia de entusiasmo y despego que son la sístole y la diástole de toda buena crítica. Y si esta crítica pecó en ocasiones por benévola con exceso, esto fue función del españolismo docente de Valera, como ha demostrado ampliamente el reciente libro de Manuel Bermejo Marcos.

Por somero que sea el tratamiento que se dé a la labor crítica y creadora de Valera, no cabe olvidar la importancia que en ella tiene el humorismo, vehículo de la parénesis, a veces, agente ideológico, en otras ocasiones, y a menudo alegre desahogo del escritor, consciente de las virtudes de la eutrapelia, como buen andaluz. Como es lógico, fue en sus cartas que Don Juan Valera dio las primeras muestras de su gracejo, que pronto llegaría a convertirse en legendario. En este sentido, las cartas de Rusia son verdaderas piezas de antología y modelos del género. Fueron escritas a Don Leopoldo Augusto de Cueto, jefe de Valera en el servicio diplomático, en los años 1856-1857, en ocasión en que el epistológrafo actuaba de secretario de la misión extraordinaria a Rusia del Duque de Osuna[26]. Con mejor o peor tino, Cueto decidió publicar en los periódicos madrileños las cartas que le dirigía Valera, previa leve censura. La polvareda que se levantó fue más que regular, lo que no pudo ni puede sorprender a nadie, cuando se piensa que Valera escribía de su superior cosas como ésta: «Sigue el Duque con más deseos de ser embajador que un gitano de hurtar un borrico» (San Petersburgo, 11.I.1857; *OC*, III, pág. 99b). Pero es que en verdadero *crescendo* de malicioso gracejo ni el propio destinatario saldría incólume, ya que Valera le llamaba «el gran Escueto» *(Epistolario,* pág. 122), o bien «el gran Leopardo Angosto de Cuello» (Bravo, pág. 173). Nutridos méritos tenía Don Juan Valera para llamarle, como llamó Juan

---

[25] Ejemplos de Fishtine, págs. 29-31, quien inició una tímida defensa de ese asistematismo valeriano.

[26] Las cartas están en *OC*, III, págs. 72-202. Un retrato mucho más benévolo del Duque en su embajada traza Antonio Marichalar, *Riesgo y ventura del Duque de Osuna* (Madrid, 1930), págs. 203-238. Larga e interesante glosa a las cartas rusas de Valera es el estudio de Manuel Azaña, *Valera en Rusia* (1926), *Obras completas,* ed. cit., I, págs. 1012-1034.

de Valdés a un antiguo homónimo suyo, mosén Diego de Valera, «gran hablistán y parabolano».

Pero el humorismo de Valera no sólo campea en la intimidad epistolar, sino que, como queda dicho, a menudo es un elemento estructural en la crítica y en la novela. Como la lectura de *Morsamor* ilustra bien este último extremo, me limitaré a señalar que hay artículos enteros montados sobre un pitorreo de dimensiones épicas. No conozco mejor ejemplo de ello que las cuatro cartas dirigidas a Don Jesús Ceballos Dosamantes sobre «El perfeccionismo absoluto» *(Cartas americanas* [1888], *OC,* III, págs. 217-231). Con el nombre del destinatario como trampolín inicial, el escrito de Valera rebota de continuo entre la guasa cazurra y la admonición crítica, y ambas determinan la materia y forma del largo artículo. O sea que si bien creación, crítica y humorismo no pueden considerarse en ningún momento como estrictos sucedáneos, sí suelen actuar como reactivos mutuos en la obra de Don Juan Valera.

II

Hora es ya de acercarnos al Valera novelista, al autor de *Morsamor,* ya que las observaciones anteriores han ido a guisa de nueva *aguja de marear,* una suerte de rosa de los vientos para orientar lectores en los vericuetos de la retrechera personalidad de Don Juan Valera.

Valera llegó tarde a la novela: *Pepita Jiménez,* la primera y mejor, es de 1874, cuando el autor contaba con medio siglo de vida y una bien cimentada fama de crítico y ensayista, que ya le había llevado a la Academia (1861). Así y todo, su producción novelística publicada se divide en dos etapas. Alrededor de *Pepita Jiménez* concurren *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875), *El comendador Mendoza* (1877), *Pasarse de listo* (1878) y *Doña Luz* (1879). Casi veinte años más tarde viene la segunda etapa, y en ella se agrupan: *Juanita la Larga* (1895), *Genio y figura* (1897) y *Morsamor* (1899). Polarizados hacia uno u otro núcleo de novelas se hallan los cuentos, cuyos títulos y fechas será conveniente recordar: *Parsondes* (1859), *El pájaro verde* (1860), *El bermejino prehistórico* (1879), *El hechicero, La muñequita, La buena fama* (1894), *El Caballero del Azor* (1896), *Los cordobeses en Creta, El doble sacrificio, El duende beso, El último pecado, El San Vicente Ferrer de talla, El cautivo de Doña Mencía* (1897),

Garuda o la cigüeña blanca y *El maestro Raimundico* (1898). En un terreno intermedio entre ambos núcleos novelísticos caen dos cuentos largos o novelas cortas[27]: *Lulú, princesa de Zabulistán* (1870) y *Zarina* (1880), recogidos bajo el título de *Leyendas del antiguo Oriente.*

A esto todavía se pueden agregar diversos torsos de novela, que nos han llegado en diversos estados de conservación. El primer intento novelístico de Valera, y la fecha es muy importante, por lo que seguirá, fue *Cartas de un pretendiente,* que escribía por los meses de marzo y abril de 1850[28]. Mucho más completo es el torso de *Mariquita y Antonio* (1861; *OC,* I, págs. 945-1017), que empezó a publicarse en periódicos. En 1867 pensaba escribir *Abu-Hafaz,* o *Andalucía y Creta hace mil años*[29]. De fechas imprecisas son los arranques de las tres novelas sin título que publica DeCoster, como asimismo los fragmentos de *Currito el optimista, La joya, Anastasia* y *Morsamor* (sobre el que volveré), todos publicados por el mismo estudioso. En *OC,* I, se pueden leer los fragmentos de *Elisa la Malagueña* (1895) y *Don Lorenzo Tostado.* Se completa así el panorama novelístico de Valera.

En un artículo reciente sobre la revolución de 1868, mi querido amigo Juan López-Morillas enjuicia la novelística de Valera en los siguientes términos: «A primera vista parece absurdo considerar la novela valeriana como precipitado de la ebullición intelectual que acompaña a la revolución de Septiembre, pero el hecho es que también Valera acusa el efecto de fenómenos ideológicos muy de su tiempo, subordinados en él, sin embargo, a preocupaciones de muy otra índole»[30]. En su aspecto general, la hipótesis suena a improbable referida a Valera, y a probable de todo punto referida a alguien como Galdós, por ejemplo. Pero

---

[27] Acerca de esta buscada indiferenciación de los géneros literarios en Valera, *vid.* Montesinos, págs. 13-16, y Bermejo Marcos, *Don Juan Valera, crítico literario,* págs. 72-116, en particular 97-99.

[28] Un fragmento se halla conservado en carta a su padre, Madrid, 8.III.1850, *OC,* III, pág. 31 b; al mismo, y con fecha de 19.IV.1850, anuncia: «Sigo escribiendo una novela en prosa» [¡estupendo texto, no recogido hasta ahora, acerca de la indiferenciación de los géneros!], *OC,* III, pág. 34 a; más fragmentos publicó Cyrus DeCoster, *Obras desconocidas de Juan Valera* (Madrid, 1965), págs. 19-22.

[29] Según carta a Narciso Campillo, *vid.* Montesinos, págs. 22-23; un fragmento publicó Fishtine, pág. 36, y lo pudo ampliar DeCoster, *Obras desconocidas,* pág. 32. Treinta años después, y bajo la forma de una «novela histórica al galope», *Abu-Hafaz* se convirtió en *Los cordobeses en Creta.*

[30] «La revolución de Septiembre y la novela española», en *Revista de Occidente,* núm. 67 (octubre 1968), pág. 113.

creo yo que las listas precedentes dan mayores visos de verosimilitud a dicha hipótesis. Repase el lector la nutrida lista de novelas comenzadas y nunca terminadas (o sea, otras tantas admisiones de fracaso), con anterioridad a *Pepita Jiménez* (1874). Resulta evidente que Valera no siente perentoria necesidad de novelar en esa primera época: su norte es la poesía[31]. Pero la misma evidencia numérica de la abundancia de novelas y cuentos con posterioridad a los ramalazos de la Gloriosa hace evidente que en ese género literario el escritor ha encontrado la nueva ecuación entre realidad ambiental, realidad mental y arte. Don Juan Valera entra ahora con pie seguro por el campo de la novela, con seguridad respaldada por larga práctica literaria y epistolar, y la conciencia de una nueva realidad, y escribe la novela *Pepita Jiménez,* su obra maestra.

Creo que un ejemplo concreto nos ayudará a fijar estas nuevas perspectivas. Consideremos las *Cartas de un pretendiente,* cuyos fragmentos corresponden a 1850. Se trata, como lo indica el título, de una novela epistolar[32]. El pretendiente de marras se llama Don Luis, y según Valera «estas cartas formarán, si las escribo, una historia completa, donde habrá amores, desafíos, casamientos, etc.» (carta citada a su padre; *OC,* III, pág. 31b). En cifra, tenemos aquí la materia y la forma de *Pepita Jiménez.*

---

[31] Montesinos, pág. 19. No creo yo que la tesis de Montesinos (Valera o la ficción libre) y la de López-Morillas (Valera novelista post-1868) sean excluyentes. La crisis del 68 sacude los cimientos espirituales de Valera, o como escribe él a su mujer con ese motivo: «Mi amor a la libertad y mi amor a España me han cegado hasta ayer, haciéndomelo ver todo de color de rosa. Ahora veo bastantes puntos oscuros» (Madrid, 2.X.1868; *apud* «Cartas inéditas de Don Juan Valera a su mujer», en *Revista de Occidente,* núm. 67 [octubre de 1968], pág. 16. El cambio de color en las cosas evidencia una nueva realidad, que a su vez impondrá una expresión literaria distinta a la usual y anterior, aun así esa expresión se define siempre como una voluntariosa «ficción libre».

[32] Aprovecho la ocasión para recalcar la importancia del género epistolar en Valera: es como una ganzúa que facilita la entrada al mundo de la novela *(Cartas de un pretendiente, Pepita Jiménez),* o del cuento *(El doble sacrificio).* La crítica también se ejerce en forma epistolar *(Cartas americanas),* y hasta hay ocasiones, cuando el tema crítico se muestra reacio al trato liso y llano, que Don Juan zanja la cuestión sometiendo el tema al trato epistolar. Así, cuando quiso escribir sobre *El budismo esotérico,* le confesó a Menéndez Pelayo: «No hallo medio de decirle al público directamente y con la desenvoltura que yo quiero lo que se me ocurre decir. He determinado, pues, escribir mi *Budismo esotérico* en cartas dirigidas a Vd.» *(Epistolario,* pág. 372). Y así apareció el único artículo que sobre tal tema escribió. En *Morsamor* no olvida Valera incluir una graciosa carta de Teletusa a Tiburcio (parte II, cap. XV).

Porque desde este nuevo punto de mira, se puede considerar la primera de dicha novela (o sea las *cartas* de *Don Luis* de Vargas) como las «cartas de un pretendiente», y la segunda parte («Paralipómenos») responde en un todo a esos «amores, desafíos y casamientos», que ya había dispuesto la inventiva de Valera un cuarto de siglo antes. O sea que las *Cartas de un pretendiente* son el escorzo fracasado de *Pepita Jiménez.* Se fracasa en el escorzo por empeñarse el artista en seguir el arco iris de la poesía; se triunfa en la novela al reconocer el artista el imperativo categórico de una forma expresiva que responda a la nueva realidad, mental y circunstancial[33].

Con *Pepita Jiménez,* pues, la novela deja de ser una virtualidad para Valera; con *Morsamor* se cierra el ciclo con broche de oro, a menos que me ciegue la vanidad editorial. Dado el hecho de que la obra se publicó en 1899, esto ha dado pábulo a interpretarla como un escape de la atosigada realidad del 98 (e. g. Bravo, pág. 314). Que algo hay de verdad en ello es innegable, dado que nunca ningún escritor ha podido escribir de espaldas a la realidad. Pero el mismo Valera se encarga de colocar las cosas en su propia perspectiva cuando escribe al *Doctor Thebussem* (o sea, Don Mariano Pardo de Figueroa): «Perdóneme Vd. que le hable tanto de este asunto [la composición de *Morsamor*], porque me tiene muy preocupado y es lo que más me interesa en el día. Acaso me interesa tanto o más que los infortunios públicos que nos agobian y para los cuales ansío hallar en la ficción el difícil consuelo» (carta de Madrid, 6.XII.1898; *Correspondencia,* pág. 259). Y no deja de ser ilustrativo el orden que da Valera a las razones con que justifica la composición de *Morsamor* al dedicársela a su primo el Conde de Casa-Valencia, y decirle que la ha escrito «para distraer mis penas egoístas al considerarme tan viejo y tan quebrantado de salud, y mis penas patrióticas, al considerar a España tan abatida». Por consiguiente, parece más justo decir, como se ha dicho recientemente, que «las ideas de esta obra no dependen esencialmente de los sucesos de 1898»[34].

---

[33] Lo dicho no pretende rechazar en absoluto la idea de que *Pepita Jiménez* no se inspire en el krausismo, la lectura de los místicos, y varios factores genéticos más, que han mencionado críticos como Alberto Jiménez, *Juan Valera y la generación de 1868,* págs. 129-139, o Manuel Azaña, «Prólogo a *Pepita Jiménez*» y «La novela de *Pepita Jiménez*», en *Obras completas,* I, págs. 919-946 y páginas 1035-1058. ¡Bueno estaría que don Juan Valera no hubiese leído ni aprendido nada en los veinticinco años que median entre escorzo y novela!

[34] Antonio Regalado García, *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española: 1868-1912* (Madrid, 1966), pág. 275. Por lo demás, creo que Don Juan

El hecho es que en la actualidad, las fecundas investigaciones valerianas de Cyrus C. DeCoster han demostrado que *Morsamor* se empezó a componer entre 1887 y 1892, y como prueba de ello ha publicado el comienzo de la redacción primitiva, único fragmento que nos ha llegado[35]. Creo yo que la fecha de 1887 como comienzo, cuando menos, de un primitivo *Morsamor,* queda remachada por la siguiente cita de su artículo sobre *El budismo esotérico,* de dicho año, y que toca un tema tan íntimamente relacionado con la novela: «Confieso que he tenido tentaciones de emplear mi acopio de hechos, principios y teorías, resultado de largas cavilaciones, estudios y experimentos, en la fabricación de una novela donde entrase como elemento lo sobrenatural en gran dosis. Ya he desistido de este plan ahora. Para fabricar así una novela tendré tiempo en adelante» *(OC,* III, pág. 646 a)[36]. Esa novela en fárfara, que acogería «lo sobrenatural en gran dosis», parece corresponder con exactitud a *Morsamor.*

Pero cuando Don Juan Valera se puso a trabajar en serio en *Morsamor* ya estaba ciego: a partir de 1895, como es sabido, Don Juan dicta todos sus escritos a Don Pedro de la Gala, *alias Perikito.* Dada la extraordinaria cantidad de conocimientos y lecturas que entraron en la composición de esta novela, es asombrosa y ejemplar la forma en que se escribió. Nos lo cuenta un íntimo amigo de los últimos años de Valera, su tocayo el Conde

---

Valera sería el primero en asustarse al ver a *Morsamor* denominada «novela de tipo arqueológico», como se hace en dicho libro.

[35] *Vid.* «Un fragmento inédito de una versión más antigua de la novela de Valera *Morsamor»,* en *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes,* XXVII (julio-diciembre 1956), págs. 138-142. El fragmento lo reprodujo DeCoster, sin la breve introducción crítica, en *Obras desconocidas,* págs. 36-38. Va reproducido como apéndice a estas páginas, debido a la generosa amistad de Cyrus C. DeCoster y de la Srta. Amparo Soler, directora de la Editorial Castalia, que publicó esas *Obras desconocidas.* Según verá el lector, el fragmento pintaba muy mal como novela histórica, con el autor paseándose por todo el proscenio. Todos los cambios que imprimió Valera al fragmento fueron para bien.

[36] Por cierto que por errata se fecha el artículo en 1867, cuando fue escrito en 1887. Desde más atrás le viene el pico al garbanzo, sin embargo. Una novela de invención desaforada, tal cual *Morsamor,* ya la anunciaba Valera, no sin cierto retintín, en *Mariquita y Antonio* (1861): «Ya escribiré yo con el tiempo una novela toda fingida en la cual he de poner más lances y más enredos que hay en *Los tres mosqueteros* y en *Los misterios de París» (OC,* I, pág. 988 a). No deben extrañar tantos años de distancia entre proyecto y realidad: si estoy en lo cierto, no muchos menos separan las *Cartas de un pretendiente* de *Pepita Jiménez.*

de las Navas, quien recuerda que «*Morsamor* [fue] dictada a Periquito por Don Juan, la mayor parte de ella mientras se afeitaba a tientas»[37].

Siendo Valera el eximio crítico que fue, no debe extrañar que uno de los mejores exámenes de la novela se deba a su pluma. Y menos extrañeza aún puede causar el hecho de que dicha autocrítica se contenga en una carta. Está dirigida a Don José María Carpio, marino y literato, y lleva fecha de San Ildefonso, 8 de agosto, sin año, pero tiene que ser 1899[38]. Dice así «*Morsamor*... viene a ser un libro de caballerías a la moderna, donde se aspira a manifestar la grandeza real de una época histórica para España y Portugal gloriosísima, a través de una acción fantástica y soñada. En el enlace de lo verdadero y de lo fingido es donde he tratado yo de lucir algún ingenio si le tengo, y de emplear el arte a fin de no cansar sino de divertir o interesar a los lectores. Sobre esto hay además en *Morsamor,* como en casi todas mis obras, muchas *filosofías* de mi cosecha, propendiendo siempre a optimistas, a místicas y a un tanto cuanto indulgentes con las flaquezas y pasiones humanas, lo cual nace de mi alegre y tal vez desmedida confianza en la misericordia de Dios que templa lo severo de su justicia y que quizás acaba por amnistiar o perdonar hasta a los diablos. El mío, que es Tiburcio de Simahonda, aunque algo travieso y por demás desenfadado, es amable y útil. El lector, en vez de odiarle, procuro yo que le quiera bien y se le aficione, y asimismo procuro que la lectora guste de él y envidie a Teletusa porque le poseyó y gozó a todo su talante»[39].

Tres extremos conviene destacar en esta autocrítica, ya que cada uno de ellos merece comentario particular. Se trata de las siguientes afirmaciones, que no irán en el orden del original: la novela deleita y no enseña; *Morsamor* es un libro de caballerías a la moderna; está lleno de *filosofías.*

La idea de que el arte debe deleitar y no enseñar está íntimamente arraigada en la estética de Valera, y a ella permanece fiel a lo largo de toda su fecunda vida. Su primer artículo crítico

---

[37] «Centenario de Valera», en *Boletín de la Real Academia Española,* XI (1924), pág. 498.

[38] El mes de agosto de 1899 lo pasó Valera en San Ildefonso, en la antigua casa de la Condesa de Campo-Alange, *vid. Epistolario,* págs. 549 y 552-553.

[39] Fray Manuel Penedo, «Epistolario inédito de Don Juan Valera a Don José M.ª Carpio», en *Estudios,* III (1947), págs. 426-427.

recogido decía en sus postrimerías: «El poeta ha de escribir para deleitar y no para enseñar» *(Del Romanticismo en España y de Espronceda* [1854], *OC,* II, pág. 18b)[40]. En la «Posdata» a *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875) explicó: «Mi idea al componer cuentos, narraciones o lo que sean, ya que no sean novelas, no es probar nada. Para probar tesis, escribiría yo disertaciones... El principal objeto del autor ha de ser la pintura, la obra de arte, y no la enseñanza» *(OC,* I, pág. 360b). Desde este punto de vista, sus deleitosos *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* (1887) son una majestuosa orquestación del mismo tema, con infinitas y graciosas variaciones. Y la última nota que suena *Morsamor* es la misma, y dada con idéntica nitidez: deleitar, no enseñar[41].

Si Don Juan Valera consideraba, o quería que se considerase, a *Morsamor* como un «libro de caballerías a la moderna», la más ilustrada crítica de su tiempo de inmediato reconoció a la novela como tal. Eduardo Gómez de Baquero, «Andrenio», crítico tan fino como injustamente olvidado, escribió con motivo de la aparición de *Morsamor,* que esta novela era el *Persiles* de Valera, y que «más que al tipo general de las novelas modernas, tales como hoy suelen escribirse, se parece a las novelas de aventuras del siglo XVI»[42]. El *Persiles* es la caballeresca por mar, así como el *Amadís* es la caballeresca por tierra: *Morsamor* participa de ambos extremos y los remoza. Pero lleva de ventaja al *Amadís* (aunque no al *Persiles,* maravilloso receptáculo de todas las doctrinas y lecturas de su autor), la prodigiosa erudición y ciencia taraceada con muy fértil inventiva. Y esto me lleva a comentar las *filosofías* de la cosecha de Don Juan.

Estas *filosofías* no se refieren, claro está, al inmenso caudal de lecturas históricas, filosóficas y literarias que forman el tras-

---

[40] Un año antes de escribir dicho artículo, Valera se explayaba sobre la misma idea en carta de Río de Janeiro, 10.V.1853, a su fraternal Heriberto García de Quevedo *(OC,* III, pág. 61b).

[41] Para redondear estas observaciones acerca de los fines del arte en Valera, *vid.* Bermejo Marcos, *Don Juan Valera, crítico literario,* págs. 59-65.

[42] «Crónica literaria», en *La España Moderna,* XI (septiembre 1899), pág. 153. En *El renacimiento de la novela española en el siglo XIX,* Madrid, 1924, pág. 72, Gómez de Baquero insiste en esa nota, y llama a *Morsamor* «original novela, especie de *Persiles* moderno», idea que repite Regalado García, *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española»,* pág. 275. Con poco fundamento Joaquín de Entrambasaguas niega validez al juicio de «Andrenio», en *Las mejores novelas contemporáneas,* I (Barcelona, 1966), págs. 512-513.

fondo de *Morsamor,* lecturas que eran, al fin y al cabo, bienes mostrencos de los lectores cultos. Esas *filosofías* aluden, más bien, a un componente esencial de la novela, constituido por el tupido ambiente de magia, ocultismo y teosofía que la caracterizan. Aunque hay que reconocer que aquí, como en otras cosas, *Morsamor* se singulariza del resto de las novelas de Valera por una cuestión de énfasis y acumulación, más que por detalles constitutivos. Hay que reconocer, como ya lo ha hecho la crítica, que esa afición por lo misterioso le venía de muy atrás, por lo menos desde la época de *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875), y que en ese sentido *Morsamor* es el remate de una línea normal de progresión[43]. Y en este remate confluyen la florida erudición de Don Juan con un buen golpe de lecturas sobre ocultismo y teosofía que habían entretenido los años de su reciente embajada en Viena[44].

Pero no se debe perder de vista el hecho de que lo que escribe Valera es una novela histórica, en la que por diversos artilugios da entrada a tan grande variedad temática. Aquí, como en tantos otros aspectos del pensamiento de nuestro autor, sus preferencias mentales venían de muy atrás. En plena juventud ya había enarbolado bandera respecto a la novela histórica, con colores que identificarían su antirrealismo sempiterno, al escribir desde Río de Janeiro a Heriberto García de Quevedo: «Prefiero la peor novela de Walter Scott a toda la *Comedia humana*» (10.IV.1853; *OC,* III, pág. 52b). Y cuando llegó el momento de atacar al naturalismo, no perdió la ocasión de oponerle a la novela histó-

---

[43] Ya lo había visto Havelock Ellis, *The Soul of Spain* (Boston, s. a.), pág. 259, y se hace eco de ello Cyrus C. DeCoster, «Un fragmento inédito de... *Morsamor*», pág. 138. Yo creo que hay que enlazar todo esto con el interés absorbente que siempre demostró Valera por el estudio de las religiones, y del que dio muestras tan tempranas como la carta que escribió desde Rusia sobre la religión ortodoxa (San Petersburgo, 12.II.1857; *OC,* III, págs. 126-130; retoma el asunto en cartas de 28.II.1857 y de 15.III.1857; *ibidem,* págs. 137-139 y 147-150), o bien sobre la religión brahmánica en otra carta de la misma época (5.III.1857; *OC,* III, pág. 145). Hace hincapié en estas aficiones de Don Juan, Emilia Pardo Bazán en la necrología que le dedicó («Don Juan Valera», *La Lectura,* VI, 3, [1906], pág. 289), con especial referencia a *Morsamor,* que denomina «testimonio curioso de las vueltas que el pensamiento de Don Juan daba en torno del ocultismo, de la ciencia esotérica».

[44] *Vid.* al respecto la muy interesante carta que escribió a Manuel Tamayo y Baus, Viena, 8.VI.1893, *apud* Esquer Torres, «Para un epistolario...», en *Boletín de la Real Academia Española,* XXXIX (1959), págs. 114-118. Más evidencias de sus lecturas vienesas se pueden hallar en sus cartas de esta misma época en el *Epistolario* con Menéndez Pelayo.

rica como paradigma *(Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* [1887], artículo VII). Y no olvidemos el temprano proyecto (1867) de escribir sobre *Abu-Hafaz* o *Andalucía y Creta* hace mil años, que con el tiempo se redujo a una «novela histórica al galope» *(vide supra,* nota 29).

No le cuadra en absoluto tal denominativo a *Morsamor,* novela de más que respetable extensión y montada sobre solidísimas lecturas, que Don Juan despilfarra con el desgarro del señorito andaluz que fue[45]. Pero, así y todo, el más distraído lector notará que es una novela histórica en solfa, donde los comentarios irónicos del autor ponen de continuo a pique de zozobrar la verosimilitud y el crédito anejos al género por tradición. Claro está que si Don Juan Valera hubiese necesitado pruebas de descargo para justificar su técnica, le habría bastado mencionar el nombre de Cervantes para cohonestar la crisis a que abocó su novela, en particular, y el género, en sentido más amplio.

El arte clásico de Don Juan supo hasta qué punto acosar al género y embestir contra su verosimilitud. Le puso en crisis, sí, pero con resultados benéficos, porque cuando los escritores modernistas se sintieron llamados a la novela histórica, hallaron más afinidades con *Morsamor* que con los *Episodios nacionales* de Galdós, que seguían inundando y dominando el campo. Y como para muestra basta un botón, sólo mencionaré *La gloria de Don Ramiro* de Enrique Larreta (1908), tan cercana en ideas y tema a *Morsamor,* como alejada de todo lo que representaba Galdós. Creo yo que sin desorbitar las cosas se puede decir que *Morsamor* es como un gozne entre la novela histórica realista y la modernista, en lengua española.

Es ejemplar ver cómo esa vasta y sólida cultura de Valera, puesta a continuo uso en *Morsamor,* obedece, dócil, el acicate de la imaginación, y cómo ésta se guía por el camino de las lecturas. A tales efectos analizaré la génesis de un personaje, de Teletusa la Culebrosa, confidente de la cortesana Donna Olimpia de Bel-

---

[45] La propia extensión de la novela le causó ciertos sinsabores, al parecer, porque según escribe al *Doctor Thebussem:* «Sigo empeñado en escribir mi novela... Para ello leo y releo lo que va escrito, hasta el extremo de aprendérmelo de memoria y de fatigarme y de hastiarme de la lectura. Pero poco o nada se me ocurre de nuevo, y la obra apenas sigue adelante» (Madrid, 6.XII.1898; *Correspondencia,* pág. 259). Sobre la renuncia de Valera a hacer verdadera arqueología, ya había dicho él: «Nunca fui yo muy apto para determinadas investigaciones y afanoso examen de códices y libros raros», *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX, OC,* II, pág. 1130a; *cf.* Montesinos, pág. 188.

fiore y daifa de Tiburcio. Según explica Valera: «La graciosa morenita que ríe a carcajadas y se zarandea y se mueve como si estuviera hecha de rabillos de lagartijas, es la muy ponderada ninfa gaditana... La llaman Teletusa la Culebrosa, en conmemoración de la Teletusa antigua y clásica, a quien celebra Marcial en uno de sus epigramas» (parte II, cap. II, *vide infra,* nota 37 al texto). Claro está que Marcial no apoda a la bailarina gaditana «la Culebrosa». Éste es el apodo que dio Don Juan a una de sus amadas de juventud, a Malvina de Saavedra, hija del Duque de Rivas, con quien llegó a tener tratos matrimoniales en 1850[46]. A este recuerdo viene a confluir otro. En carta a Serafín Estébanez Calderón escribe Valera: «Me pide usted que le hable de mis amores de Lisboa con aquella ninfa gaditana» (Río de Janeiro, 4.VIII.1853; *OC,* III, pág. 69b). Aquí están, creo yo, todos los elementos que entraron en la creación del personaje Teletusa la Culebrosa, aunque una vez creado este personaje tendrá vida autónoma, como es de esperar. Del cruce de dos recuerdos amorosos (Malvinita la Culebrosa y la «ninfa gaditana») con un recuerdo literario (epigrama de Marcial sobre Teletusa, la de los «Gaditanis... modis») surge la gaditana Teletusa la Culebrosa, que anima tantas páginas de *Morsamor.* Las lecturas y los recuerdos personales se ponen así al servicio de la imaginación[47].

Varios críticos han considerado a *Morsamor* como una autobiografía espiritual, y mucha verdad hay en ello[48]. Sin hacer violencia exegética a la obra, se puede ver en el anciano Fray Miguel de Zuheros mucho del Valera viejo, achacoso y ciego, ambos llegados al final de la carrera de la vida rodeados de ambiciones incumplidas. Pero hacer hincapié en este solo aspecto de la novela es pauperizar sus virtualidades artísticas e ideológicas. Hay que observar, en primer lugar, que esta autobiografía

---

[46] Las dudas de Montesinos, págs. 229-230, acerca de la identidad de la Culebrosa, quedan dilucidadas con la publicación de ciertas cartas inéditas de Don Juan que hace Bravo, págs. 60-64.

[47] La «ninfa gaditana» mencionada en la carta a Estébanez Calderón se llamaba Antoñita, y sospecho que su recuerdo no fue ajeno a la creación de otro personaje de Valera. Me refiero a Rafaela la Generosa, protagonista de *Genio y Figura* (1897). Por lo demás, estaba mandado que Valera enlazaría con la familia del Duque de Rivas. Su hijo Luis casó con la Marquesa de Villasinda, nieta del Duque.

[48] Así entendió la novela Jean Krynen, *L'esthetisme de Juan Valera* (Salamanca, 1946), pág. 67. Insiste en esa interpretación Alberto Jiménez, *Juan Valera y la generación de 1868,* pág. 169.

espiritual está vertida en el molde de lo que es, en efecto, una colosal ironización de la novela histórica, y hasta de la epopeya, su lejana progenitora, en particular de *Os Lusiadas*. Y una vez que el ingenio zumbón y travieso de Don Juan Valera ha ironizado todo eso, y también el más allá y el más aquí, a la postre uno de los pocos valores que queda en pie es el del entretenimiento[49].

En la raíz de todo esto Valera puso el castizo tema del desengaño, al que llegó, en esta oportunidad, por vía del *Conde Lucanor* del príncipe Don Juan Manuel, en el ejemplo del deán de Santiago y Don Illán de Toledo. Valera no sólo cita este ejemplo al final de *Morsamor (vide infra,* nota 155), sino que en su *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX,* al tratar del drama del Duque de Rivas, *El desengaño en un sueño,* inspirado en dicho ejemplo, añade: «Quien esto escribe también la tomó [a la idea] por base de su novela *Morsamor» (OC,* II, pág. 1316a). Y explica que «consiste dicha idea fundamental en poner una historia, cuyos diversos acontecimientos y final desenlace ocurren en sueño, resultando de todo una lección moral y un saludable desengaño» *(ibidem).* Y a veces la idea de desengaño prima tanto sobre las otras que la obra, en trozos, más parece un largo cuento filosófico a lo Voltaire, que una novela histórica. Con lo que hemos desembocado, de manera subrepticia, no en un *deleitar* a secas, sino en una suerte de *delectare ut prodesse* horaciano[50].

Al desengaño del castizo deán de Santiago Valera añade buenas dosis del gran desengaño teutónico, el del doctor Fausto. La admiración de Don Juan por Goethe fue algo de siempre: le tradujo, le estudió, le imitó y le recreó, en verso *(Fábula de Euforión)* y en prosa *(Las ilusiones del doctor Faustino).* Pero Fray Miguel de Zuheros es un Fausto muy español, ya que en él la acción prima sobre el pensamiento: «Fray Miguel, si era algo, si algo valía, era como hombre de acción» (parte I, cap. IX). El

---

[49] Las repetidas alusiones a *Os Lusiadas* indican que lo épico revoloteaba por la fantasía del autor al componer *Morsamor.* Y puesto ya en este camino, se puede decir que esta novela es una suerte de epopeya en prosa, aunque escrita con vena irónica; de tal manera Valera cumpliría en su vejez el deseo de juventud de escribir una epopeya, de la que sólo sobrevivió el fragmento de *Cide Yahye, vid.* Fishtine, pág. 5. Ese mismo deseo de juventud, Valera lo había novelizado y se lo había atribuido al protagonista de *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875).

[50] Comparar Montesinos, pág. 56; Bermejo Marcos, *Don Juan Valera, crítico literario,* pág. 62.

hermano Tiburcio es el Mefistófeles de este Fausto *sui generis,* y por cierto que también tiene características únicas. Según declara Don Juan en su autocrítica ya citada, él quiso hacer de Tiburcio un diablo simpático, y la verdad sea dicha, lo hizo tan simpático que de mefistofélico sólo le queda el apellido: Simahonda. Gravita sobre Tiburcio una esencial ambigüedad, que ha llegado a engañar a algún crítico[51]. Y en la medida en que la buena crítica marra el blanco, la creación del personaje se debe considerar como un noble fracaso.

Se podría hacer la disección de los demás temas componentes del pasmoso tapiz que es *Morsamor,* pero la tarea sería demasiado larga para el provecho redundante. Baste decir que todos tenían largo y maduro tratamiento anterior. Así, por ejemplo, el tema portugués se amasa con sus dos largas estancias en ese país (1850, 1881), y se ilustra con múltiples artículos de historia y de política, el más antiguo de los cuales, *España y Portugal,* data de 1861 *(OC,* III, págs. 675-695); de los mismos años es el fervor iberista de Valera, al que responde la indiferenciación de españoles y portugueses en *Morsamor* y el recuerdo de Don Sinibaldo de Mas *(vide infra,* nota 127); la historia de la Casa de Austria, con la que se urde la trama de la novela, es proyecto que data de 1851 *(vide supra,* pág. 18); el interés por el Oriente remonta, por lo menos, a la composición de *Lulú, princesa de Zabulistán* (1870); el budismo esotérico y la teosofía datan de sus años de embajada en Washington (1884-1886); queda dicho que el tema fáustico atrajo siempre a Don Juan Valera. *Et sic de caeteris.*

Dadas las largas raíces que cada uno de estos temas tiene en la obra de Valera, se puede enjuiciar a *Morsamor* como la síntesis de su pensamiento, desde su iberismo juvenil hasta sus intereses teosóficos de madurez. Y también como síntesis de su arte, ya que en la novela histórica van infartadas las ambiciones épicas de juventud. Es evidente que se da en la novela una suerte de cristalización de temas favoritos, que dada la coyuntura histórica en que apareció la obra (al año del Desastre), se han podido leer e interpretar como noventayochismo, regeneracionismo o autobiografía espiritual. La verdad es que si bien todo esto sobrenada

---

[51] Alberto Jiménez, *Juan Valera y la generación de 1868,* pág. 170, se pregunta si Tiburcio es el diablo. Sin embargo, Eduardo Gómez de Baquero, «Andrenio», art. cit., pág. 151, ya había visto claras las ecuaciones Fray Miguel = Fausto, Tiburcio = Mefistófeles.

en *Morsamor,* la obra fue concebida en forma independiente y ajena a estas directrices. *Morsamor* se concibió como la *summa artis* de Don Juan Valera, y por eso, y en esa medida, es también su *summa vitae.*

[*Morsamor,* Barcelona, Labor, 1970.]